

# EL BÁLSAMO DE MEDULOSA



POR SYLMA GARCÍA GONZÁLEZ

10



[www.loqueleo.com/pr/](http://www.loqueleo.com/pr/)

Título original: EL BÁLSAMO DE MEDULOSA

© De esta edición:

2022, Ediciones Santillana, Inc.

Avda. Roosevelt 1506

Guaynabo, Puerto Rico 00968

ISBN: 978-1-61875-924-5

Primera edición: 2022

Impreso en San Juan, Puerto Rico

Autora: Sylma García González

Directora Editorial: Yamilet Soto Colom

Editora: Elaine Berríos Martínez

Jefe de Arte: Cristino D. Correa Sierra

Diagramadora: Evelyn García Rodríguez

Portada: Cristino D. Correa Sierra

Revisora lingüística: Patria B. Rivera Reyes

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma, ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la Editorial.



# EL BÁLSAMO DE MEDULOSA

SYLMA GARCÍA GONZÁLEZ

loqueleg

*A mis hijos y a Luce López Baralt*



## ¿Principio o fin?

Durante el resto de su vida, Miguel nunca olvidaría el frío del toque de la punta de aquella espada filosa en su cuello. Curiosamente, jamás se sintió tan vivo como en ese momento en que estuvo más cerca de la muerte. Palpaba el latido de su vena yugular en contacto directo con el metal. La mirada cortante del hombre que sostenía la espada le revelaba las pocas posibilidades que tenía de sobrevivir el peligroso encuentro. Parecía como si, en ese instante, el tiempo se hubiera detenido y solo estuvieran ellos dos en el universo infinito. Lo peor del asunto es que ni siquiera tenía la menor idea de por qué se encontraba en esa situación tan comprometedora. Lo último que recordaba era estar acostado en una dura cama de hospital, tan fría como la espada que lo amenazaba en ese momento. Al menos, esa sensación no había cambiado. Seguramente, Miguel no es el único confundido en esta historia, así que será mejor empezar por donde siempre debe hacerse todo, por el principio, y en el principio, hubo un terrible grito.



## El secreto de Rodrigo

Un angustioso grito interrumpió el silencio nocturno. Miguel, quien en esos momentos soñaba con que se había quedado encerrado en una dulcería, despertó sobresaltado. Un sudor frío le recorría la espalda. Mientras se sacaba un mechón de pelo castaño de la cara, sus ojos grises y achinados miraban en todas direcciones. Pronto se dio cuenta de que estaba en su cuarto como cada noche. Sentado al borde de la cama, esperó por si se repetía el grito. Uno, dos, tres y... nada. Por un instante, pensó que tal vez lo había soñado, pero desechó la idea con un movimiento negativo de cabeza. Nadie grita de esa forma en una maravillosa dulcería, a menos que fuera de puro gozo. Ante ese recuerdo agradable, consideró prudentemente volver a acostarse para ver si, con un poco de suerte, podía recuperar su sabroso sueño. Como era de esperarse, su curiosidad natural no se lo permitió, pues él siempre tenía que saber.

11

Casi se tiró de la cama, un poco alta para su estatura, y caminó en puntas hasta la puerta, abriéndola con cuidado para evitar hacer ruido. Se asomó al pasillo, pero

no vio nada nuevo: los dos librereros, el espejo redondo y el cuadro de un castillo de piedra reflejándose en un lago dorado, que su mamá había pintado cuando era niña, seguían en los lugares de siempre. De repente, se dio cuenta de que estaba equivocado; sí había algo diferente, inusual. La luz del cuarto de Rodrigo, su hermano mayor, estaba encendida, formando una especie de plataforma transparente a sus pies. En la casa había una regla muy estricta: todas las luces se apagaban a las diez de la noche, y los chicos debían mantenerse en sus camas hasta la mañana siguiente, sin excepciones. Él sabía que estaba rompiendo una regla de oro, pero ya era tarde para echar atrás.

Caminó descalzo hacia la puerta levemente entreabierta al final del pasillo, mientras pensaba en la excusa que daría si lo sorprendían fuera de su cuarto a esa hora. Al llegar allí, se arrodilló en el piso y, decidido, miró por la rendija. No estaba seguro de lo que esperaba descubrir, pero lo que vio lo dejó verdaderamente asombrado. Rodrigo estaba sentado en su cama, rodeado por sus padres, Leonor y Juan, quienes tomaban cariñosamente sus manos entre las suyas. El muchacho respiraba con dificultad y sus ojos estaban llenos de lágrimas. Miguel ya no recordaba la última vez que había visto llorar a su hermano.

—¡No me quiero morir, mami!

—¿Quién dijo que te vas a morir? Nada de eso, mi amor. Ahora tienes que tratar de descansar.

Miguel vio cuando su madre se acercó a Rodrigo y lo



abrazó con ternura, a la vez que su padre lo miraba con una cara de angustia difícil de disimular. En sus trece años, nunca había visto una escena parecida, así que estaba impresionado. Temeroso de que lo descubrieran espiando, regresó apresuradamente a su cuarto y se escondió entre las sábanas de su cama, donde se hallaba protegido. El corazón le latía con fuerza y la cabeza le daba vueltas y vueltas como un molino de viento. Una y otra vez escuchaba las palabras de Rodrigo y, aunque no las comprendía del todo, le producían una molesta inquietud. Era su único hermano, el mayor, a quien él admiraba más que a nadie porque era seguro de sí mismo, valiente, feliz.

13

La verdad era que sí había notado que algo raro le ocurría últimamente. Pasaba muchas horas acostado en su cama mirando el techo sin verlo. Había dejado de jugar fútbol, ¡su deporte favorito! A veces estaba días sin ir a la escuela, él que era tan responsable (demasiado, en opinión de Miguel). Sus padres lo habían llevado al médico en varias ocasiones. En los últimos tiempos, iba casi todas las semanas, lo mismo que al laboratorio. Además, estaba muy flaco y casi no comía nada. Sus ojos, enormes y oscuros, se veían opacos; sus mejillas, siempre rosadas por el constante ejercicio al aire libre, estaban pálidas. Se veía triste todo el tiempo, y él no era así. Siempre había sido bien relajón y nunca se quedaba quieto. Miguel fingía que no se daba cuenta de nada, pero ¡claro que lo había notado! Cualquiera podía advertir sin esforzarse que ocurría algo malo. Como no quería causar

molestias innecesarias, no se había atrevido a preguntar nada al respecto. En el fondo, tal vez, solo tenía miedo de recibir una noticia desagradable. Deseaba que lo que estuviera sucediendo en su casa terminara pronto. Pensando en estas cosas, sin darse cuenta, se quedó dormido. No soñó con la fabulosa dulcería.

14 A la mañana siguiente, lo que había pasado durante la noche, le parecía solo un sueño confuso y lejano. Como todos los días, se levantó lleno de energía y se fue directo al baño. Salió de allí hambriento, listo para desayunar. Solía tener un apetito feroz, por lo que estaba un poco pasado de peso. En esos momentos, su madre estaba sacando una tortilla de huevos con jamón de la sartén y la servía en un plato que había colocado en la mesa, frente a la silla donde él solía sentarse. Aunque lo trató con la misma dulzura de siempre, el muchacho notó las azulosas ojeras en su cara alargada y ligeramente pecosa. Era obvio que no había dormido nada. Rodrigo no estaba por ningún lado ni su padre tampoco. Por lo visto, Leonor ni Juan habían notado la presencia de su hijo menor cerca del cuarto de su hermano la noche anterior. “¡Qué alivio! De la que me salvé”, pensó el chico.

—¿Dón... de es... tán los de... más? —preguntó, llevándose un gran pedazo de tortilla a la boca.

—En el doctor.

—Rodrigo, ¿está enfermo otra vez, mami?

—No te preocupes, mi amor —dijo ella, pasándole las manos por la cabeza, en un gesto afectuoso, pero con el propósito de evadir la pregunta.

Mirándola a los ojos, con una seriedad rara en él, Miguel le comentó: “¿Sabes? Los muchachos entendemos más cosas de lo que los adultos piensan. Puedes decirme lo que sea, yo lo entenderé, ya verás”.

Leonor dudó por un instante. Su hijo era solo una criatura de trece años. Los niños solo debían preocuparse por hacer las asignaciones de la escuela y jugar. Ella no se sentía con derecho a cambiar eso. Por otro lado, tampoco podrían ocultárselo para siempre, pues la salud de Rodrigo se deterioraba con rapidez. Finalmente, se decidió. Tomó una silla de la cocina y se sentó justo frente a él. Aunque daba la impresión de estar tranquila, temblaba por dentro. Como a cualquier madre, la recién descubierta enfermedad de su hijo mayor le afectaba muchísimo. Ella, acostumbrada a lidiar con situaciones difíciles, pues era trabajadora social, ahora se sentía indefensa ante esta situación inesperada. Aún le costaba creer que su Rodrigo, tan alegre y saludable, estuviera tan enfermo.

—Antes de decírtelo, quiero que sepas que nunca he pensado que no eres capaz de entender algo. Eres un jovencito inteligente y maduro para tu edad. La verdad es que Rodrigo no quería que te habláramos de lo que le pasa, pero creo que tienes toda la razón y el derecho a saberlo —dijo ella haciendo una pequeña pausa para darse ánimos. No paraba de pasarse la lengua por los labios, gesto que Miguel le había visto hacer muchas veces cuando algo le preocupaba mucho. Para él, era evidente que lo que escucharía sería difícil, por lo que cada minuto

que transcurría era una verdadera tortura. Como sabía que tampoco era sencillo para su madre, esperó con toda la calma de la que fue capaz su carácter impaciente.

—Tu hermano tiene una enfermedad que se llama... *leucemia* —continuó ella mirando fijamente el plato de tortilla de su hijo, en un intento inútil de no llorar.

16 Pasaron largos segundos. Miguel no sabía cómo reaccionar. Tenía miles de preguntas peleándose por salir de su boca a la vez. Se sentía molesto, triste y asustado al mismo tiempo. ¿Por qué no se lo habían dicho antes? ¿Desde cuándo estaba enfermo? Ahora comprendía algunas cosas: el cansancio, la tristeza, las ausencias a clase, las citas médicas, el terror a la muerte. En ese breve momento, despertó de la inocencia feliz en que había vivido y supo que la muerte, en la que no pensaba jamás, era real. La gente se moría. ¿Se moriría también su hermano? Sin embargo, una sensación inexplicable de confianza lo invadió de repente. Rodrigo no iba a morir, ¡claro que no! Él nunca lo permitiría. Todavía les quedaba mucho por jugar y divertirse juntos.

—¿Qué vamos a hacer para que se cure, mami?

En verdad que su hijo nunca dejaba de sorprenderla. Sus palabras la llenaron de nuevas esperanzas. Lo abrazó con fuerza.